

dedores de Cabul y de Candabar para alistarse en los ejércitos mogoles, los Rohilla fueron los mas intrépidos y útiles, y por sus servicios y valor se les dieron vastos terrenos en la fértil llanura que el Ramgunga, bajando de las nevadas cimas del Kuman, recorre antes de confundir sus aguas con las del Ganges. En medio de la confusión general que siguió a la muerte de Aurengzeb, esta pequeña colonia de guerreros se hizo independiente. Distinguan a los Rohilla de los demas habitantes de la India la singular belleza de sus carnes, su bravura é industria. Miéntras asolaba una horrible anarquía el país desde Lahore hasta el Cabo Comorin, su reino gozaba los beneficios de la paz bajo la salvaguardia del valor; florecian en él la agricultura y el comercio, hasta se cultivaban allí las letras y la poesía. Muchas personas que aun viven oyeron á los viejos echar de ménos el tiempo feliz en que el valle de Rohilcund era gobernado por príncipes Afganes.

Sudya Dulah habia resuelto añadir esta rica provincia á su principado. No tenia derecho á ello; ¿pero que le importaba el derecho? Vacilaba sin embargo en emprender tan deseada conquista. Habia visto combatir á los Rohilla; sabia que sus jefes, unidos por un peligro comun, podian poner en pié de guerra ochenta mil hombres; pero sabia igualmente que estas fuerzas no estaban en posicion de resistir á la ciencia, á la disciplina y al valor británicos. Pidió, pues, á Hastings que le alquilase parte de las tropas inglesas, y Hastings condescendió. Cada uno de los dos tenia lo que faltaba al otro: Sudya Dulah el dinero que Hastings necesitaba para el gobierno de Bengala; y este el único ejército capaz de vencer á los Rohilla, blanco de los deseos de Sudya Dulah. Convinose, pues, en alquilar las tropas inglesas al nabab-visir por la suma de 400,000 libras esterlinas, ademas de mantenerlas durante la guerra; la Inglaterra se envilecia mas que esos mezquinos príncipes alemanes que por aquel mismo tiempo le vendian soldados para combatir contra los Americanos. Hastings, conocedor de las costumbres indias, no ignoraba el abominable uso que Sudya Dulah haria de la fuerza que ponía á su disposicion; y sin embargo, no estipuló ninguna garantía, no exigió ninguna promesa, ni siquiera se reservó el derecho de romper el tratado en caso que Sudya Dulah abusase de la fuerza que se le confiaba para cometer inicuas y monstruosas atrocidades. ¡Y ha habido quien tratase de justificar tal conducta! Los Rohilla, se dijo no eran raza india, sino colonos de comarcas lejanas. Pero ¿no sucedia lo mismo á los Ingleses? ¿Les tocaba á ellos predicar una cruzada para la expulsion de los pueblos que habian invadido el país regado por el Ganges? ¿Qué hubieran respondido si otra potencia, apoyándose en la misma razon, hubiese atacado á Madras y á Calcuta y matado á sus habitantes sin la menor provocacion? Semejante excusa aumenta aun la infamia del contrato: la hipo-

tesis de la apología iguala á la atrocidad del delito.

Una de las tres brigadas de que se componia el ejército de Bengala fué á unirse al mando del coronel Champion, con las tropas de Sudya Dulah. Los Rohilla pidieron la paz, ofreciendo una gran cantidad de dinero; pero no siendo oídos, decidieron pelear hasta derramar la última gota de su sangre. Combatieron como leones y ahuyentaron al vil soberano de Uda que los habia atacado; y si no pudieran resistir á los Europeos, no abandonaron sin embargo el campo hasta que vieron sucumbir á sus mas valientes jefes. Entónces el nabab-visir y sus viles tropas volvieron á presentarse, deseosas de saquear el campamento de sus ilustres é intrepidos enemigos, cuya mirada no habian osado nunca resistir. Los hermosos valles y las floridas ciudades de Rohilcund fueron víctima de los horrores de una guerra india; todo el país incendiado; mas de cien mil personas, abandonando sus casas, se refugiaron en medio de pantanos corrompidos y prefirieron el hambre, la fiebre y la proximidad de las fieras al dominio de un déspota que habia comprado á un Inglés, á un cristiano, sus propiedades, su país, sus vidas, el honor de sus mujeres y de sus hijas. El coronel Champion hizo observaciones al nabab-visir, y escribió al Fuerte William; pero el gobernador no habia estipulado mas que el pago de las cuatrocientas mil libras esterlinas, sin impotarle lo demas; y aunque censurase las infames crueldades de Sudya Dulah, no creyó tener derecho para interponerse. No contento con haber superado con su violencia los últimos esfuerzos de una nacion inocente que combatia por su libertad, vió sin conmoverse las aldeas quemadas, los hijos degollados, maltratadas las mujeres; pero acortemos esta horrible y vergonzosa historia. La guerra cesó; la mas valerosa poblacion de la India fué sometida á un tirano codicioso, vil y cruel: el comercio y la agricultura decayeron, y la rica provincia deseada por Sudya Dulah llegó á ser el país mas miserable de su miserable reino. Sin embargo, la nacion vencida no habia perecido enteramente; de vez en cuando brilló con su antiguo esplendor, y hoy todavia distinguen á la raza afgana el valor, el noble orgullo, los sentimientos caballerescos, tan raros entre los Asiáticos, y conserva amargos recuerdos del gran delito de Inglaterra. Un viajero moderno ha dicho con razon que en la India no se encontraban *gentlemen* sino entre los Rohilla.

Fórmese el concepto que se quiera de la moralidad de Hastings, no puede negarse que los resultados rentísticos de su política hicieron prosperar su administracion. Dos años despues de nombrado gobernador, habia aumentado, sin añadir ningun gravámen al pueblo sometido á su autoridad, en 450,000 francos la renta anual de la Compañía, enviando á Ingla-

terra un millon en metálico, y obligando al nabab de Uda á pagar todos los gastos del ejército, que sumaban unas 250,000 libras esterlinas al año.

Durante estos acontecimientos, el parlamento inglés habia entrado en una larga é importante discusion sobre los negocios de la India.

El ministerio de lord North hizo adoptar (1773) un *bill*, que varió enteramente la constitucion del gobierno indio. Es el *Regulating act*, segun el cual el presidente de Bengala debia extender su autoridad á los demas países sometidos á la Compañía con el título de gobernador general, y ayudado de cuatro consejeros, quinquenales como él; un tribunal de justicia, compuesto de un juez superior y de tres jueces inferiores, debia residir en Calcuta, independiente del gobernador general, y provisto así en lo civil como en lo criminal de un poder casi ilimitado. Hastings era el primer gobernador general. De los cuatro nuevos consejeros, el señor Barwell, antiguo empleado de la Compañía, estaba entónces en la India; los demas, el general Clavering, Monson y Francis, supuesto autor de las *Cartas de Junio*, salieron de Inglaterra para su nueva presidencia, junto con los jueces del tribunal supremo. El gran juez sir Elías Impey era un antiguo amigo de Hastings, y el gobernador no hubiera podido hallar en todos los tribunales del reino un instrumento mas dócil. Pero los individuos del consejo no parecian lo mismo. Hastings desaprobaba la nueva forma de gobierno, y no tenia grande opinion de sus colegas; y estos, que lo sabian, se excitaban de antemano á mostrarse desconfiados y severos.

En animos dispuestos de este modo, la mas leve circunstancia bastó para encender la discordia. Los individuos del consejo esperaban ser saludados con veintium cañonazos por las baterías del Fuerte William; pero Hastings no les concedió mas que diez y siete: desembarcaron de mal humor; en las primeras entrevistas reinó una fria reserva, y al siguiente dia empezó aquella larga lucha que, despues de durar tanto tiempo en la India, se renovó en Inglaterra, y en la que tomaron parte los principales estadistas y los grandes oradores del siglo de Jorge III. Barwell sostenia á Hastings; pero Clavering, Monson y Francis formaron la mayoría, desde la primera reunion del consejo. Quitar al gobernador general el gobierno, reprobado sus últimas negociaciones con el nabab-visir, destituir al agente británico que residia en la corte de Uda, y poner en su lugar uno que les era enteramente adicto, mandar á la brigada que habia vencido á los infelices Rohilla volver á entrar en las posesiones de la Compañía, y dar principio á una severa investigación; tales fueron los primeros actos de su gobierno. Ademas, no obstante las advertencias del gobernador, ejercieron de un modo indiscreto su nueva autoridad sobre las presidencias dependientes de la de

Bengala, introdujeron la mas deplorable confusión en los negocios de Bombay, y con increíble alternativa de dureza y debilidad, se mezclaron en todas las disidencias interiores del gobierno marata. Al propio tiempo se dedicaban á la administracion interior de Bengala, censurando abiertamente todo el sistema fiscal y político; sistema defectuosísimo sin duda, pero que no podia reformarse en un dia. El principal efecto de estos cambios fué privar á los habitantes de la India de la eficaz proteccion y seguridad que hasta allí disfrutaban. Sus vidas y sus propiedades se vieron á cada instante expuestas; cuadrillas de ladrones cometian impunemente los mas horribles delitos en las puertas mismas de Calcuta. Hastings continuaba habitando el palacio del gobierno; recibia siempre el sueldo de gobernador general, presidia el consejo, y hacia prevalecer su opinion en todos los asuntos ordinarios, pues sus adversarios veían que, en ciertas cosas, poseia la experiencia que á ellos les faltaba; pero su autoridad suprema habia cesado de existir, y no era ya el dispensador de los honores y de los empleos.

Los Indios no tardaron en conocerlo, y consideraron á Hastings como á un soberano destronado; aquellos sicofantas que, un dia ántes, se hubieran apresurado á mentir, á extender documentos falsos, á cometer todos los delitos posibles por captarse su gracia, trataron de mendigar el favor de sus enemigos victoriosos acusándole, y la mayoría del consejo acogió con alegría y gratitud las deposiciones aparentemente graves de los acusadores. Los consejeros eran sin duda bastante honrados para sostener concienzudamente acusaciones mentirosas; pero ignoraban por desgracia que en aquella parte del mundo el mas pequeño estímulo del gobierno produce en una semana mas testigos falsos que los que cuenta en un siglo el tribunal de Westminster.

Un hombre como Nuncomar no podia permanecer simple espectador de semejante lucha; la maldad, la avaricia y la ambicion le impulsaban á tomar parte en ella. Era tiempo de vengarse de su enemigo, de satisfacer un odio de diez y siete años, de obtener el favor de la mayoría del consejo, de elevarse sobre todos los Indios de Bengala. Desde que llegaron los nuevos consejeros, no cesó de hacerles la corte, por lo cual fué expulsado vergonzosamente del palacio del gobernador. Entónces con afectada solemnidad entregó á Francis una memoria, donde se acusaba á Hastings de haber vendido empleos, y recibido mucho dinero por librar de la accion de la justicia á algunos grandes criminales, entre ellos Mohammed Reza Kan.

Francis la leyó en consejo, y se suscitó con tal motivo una violenta disputa. Hastings se quejó amargamente del modo como se le trataba; habló con desprecio de Nuncomar y de sus acusaciones, é impugnó en el consejo el derecho de juzgar al gobernador. En la sesion



siguiente, Nuncomar presentó otra memoria, pidiendo ser admitido ante el consejo, para sostener y desarrollar sus asertos. Empeñóse entre los dos partidos un debate no ménos violento que el anterior; y á pesar de las protestas del gobernador, el consejo decidió tomar en consideración la cosa. Levantóse Hastings declarando levantada la sesión, y salió seguido de Barwell; pero los demás individuos no dejaron el puesto, y constituyéndose en consejo presidido por Clavering, mandaron entrar á Nuncomar. Este, según la costumbre oriental, además de robustecer con pruebas más ó ménos falsas las primeras acusaciones, reveló muchos hechos nuevos; entre otros, el de que Hastings había recibido sumas considerables para nombrar al radja Gurdas tesoro de la casa del nabab, y confiar la custodia de su persona á Muny Begum. La mayoría declaró á Hastings culpado, y le condenó á restituir de 30 á 40,000 libras esterlinas, que se suponían mal adquiridas. Aunque la opinión de los Ingleses de Bengala le era favorable, Hastings vió oscurecerse su horizonte. Podía todavía apelar á una autoridad superior; pero una vez apurado este último recurso, su suerte estaba echada. Envió su dimisión al coronel Maclean, su agente en Londres, recomendándole hacer uso de ella tan solo en el caso de que la pluralidad de los individuos de la Compañía le fuese manifiestamente contraria.

El triunfo de Nuncomar parecía completo; un inmenso tropel iba todas las mañanas á cumplimentarle, y hasta los individuos del consejo se rebajaron un día hasta tributarle tal honor; su casa se había convertido en una especie de establecimiento público, donde se recibían denuncias contra el gobernador general. Pero el juego era malo. Una persona hábil y resuelta como Hastings no debía dejarse vencer por un Indio sin recurrir ántes á todos sus medios, y hacer la más obstinada resistencia. Por otra parte, Nuncomar no se cuidó bastante de las instituciones británicas; vió que tenía á su favor la mayoría del consejo, que decidía la paz y la guerra, que disponía de los empleos, que cobraba las contribuciones; pero no comprendió la separación de los poderes ejecutivo y judicial; no reflexionó que había en Bengala una autoridad independiente del consejo, la cual podía proteger á los que el consejo quería arruinar, y arruinar á los que el consejo protegía. Tal era sin embargo, el estado de las cosas. En el límite de sus atribuciones, el tribunal supremo no recibía órdenes del consejo, y Hastings que lo sabía, y que mucho ántes había previsto la gran ventaja que le reportaría esta arma favorable, conoció que había llegado el momento de valerse de ella.

De repente corre por Calcuta la noticia de que Nuncomar había sido preso y conducido al tribunal supremo por delito de falsedad, cometido dos años ántes. Su acusador es un in-

dígena, de quien Hastings se sirve, como de un instrumento, para quitarse de delante al formidable enemigo. Al oír esto, la mayoría del consejo monta en cólera, y protestando contra la decisión de los jueces, pide que Nuncomar sea puesto en libertad bajo fianza. Los jueces responden con un no soberbio y absoluto. Empiezan pronto las asisias, el gran jurado declara haber lugar á proceder, y Nuncomar comparece ante sir Elías Impey, y un jurado compuesto de Ingleses: terminados los debates, el jurado declara culpado á Nuncomar, y el juez superior le condena á muerte.

Según el *Regulating act*, solo el tribunal podía suspender el suplicio de un reo de muerte hasta que fuese conocida la decisión del soberano; el consejo no tenía derecho á mezclarse en la administración de justicia civil y criminal. Impey hubiera debido conceder una dilación á Nuncomar, pues la ley que castigaba entonces con la muerte á los falsarios en Inglaterra, no era aplicable á los habitantes de la India, que no la conocían, que jamás la habían visto ejecutar y que no comprendían la diferencia que una civilización más adelantada y distinta de la suya ha establecido entre los delitos de falsedad y las demás especies de fraude. Un juez imparcial hubiera, á no dudarlo, sometido tan grave caso á la decisión soberana; pero Impey no quiso oír hablar de gracia ni de dilación.

Pronunciada la sentencia, manifestóse extraordinaria agitación en todas las clases de la sociedad. Francis y sus parciales calificaron de asesinos al gobernador general y al juez superior; Clavering, dicen, juró que Nuncomar sería salvado, aunque estuviese al pié del patíbulo. Aunque abiertamente favorable á Hastings, la generalidad de los Ingleses compadecía á un hombre que, á pesar de sus delitos, había figurado en la historia de su país. Los Indios estaban aterrados. Cualquiera que fuese su moralidad, Nuncomar era considerado siempre como jefe de su raza y de su religión, un braman de los bramanes, esto es, un santo, que, según sus antiguas leyes nacionales, no podía ser condenado á muerte, ni aun por grandes delitos. Solo los mahometanos esperaban el fin con impaciente alegría; y la historia musulmana de entonces dice, que se descubrió en casa de Nuncomar una cajita con sellos falsos de los particulares más ricos de las provincias.

Entretanto se acercaba el día de la ejecución, y Nuncomar se disponía á morir con la tranquila firmeza que muestra el Bengales, tan cobarde en los hechos personales, cuando no puede evitar el peligro que le amenaza. Cuando el jerife le fué á ver la víspera del día señalado, y le aseguró que se tendrían con él todos los miramientos permitidos por la ley, Nuncomar se lo agradeció, sin advertirse en él la menor turbación. Poniéndose un dedo en la frente, respondió que debía cumplir su des-

tino, pues los hombres tienen que ceder á la voluntad del Cielo. Envió su saludo á Francis, Clavering y Monson, rogándoles protegiesen al radja Gurdas, que ascendería á jefe de los bramanes de Bengala. El jerife partió muy conmovido, y Nuncomar se sentó tranquilamente para escribir algunas cartas y examinar cuentas. Al día siguiente, ántes de salir el sol, una multitud inmensa se agolpaba en la plaza donde se había levantado el patíbulo. Todos los rostros expresaban los mismos sentimientos de dolor, de ira, de horror; y sin embargo, hasta el último instante, nadie creía que los Ingleses osasen ajusticiar al gran braman. La procesion fatal llegó por último. Nuncomar dirigía la vista á todos lados con inalterable serenidad. Se había despedido de las personas que le eran más caras; los gritos y convulsiones de estas habían hecho horrorizar á los Europeos presentes, sin producir el menor efecto en el estóico preso, que se limitó á pedir fuese entregado su cadáver á sacerdotes de su casta. Después de suplicar á los consejeros que no le olvidasen, subió al patíbulo con paso firme, y dió él mismo la señal al verdugo. Cuando bajó la cuchilla, todas las bocas lanzaron un grito de dolor y desesperación, centenares de espectadores volvieron la cabeza con horror y corrieron á arrojar en la sagrada corriente del Hugli, como para lavarse de la mancha contraída en el mero hecho de asistir á la consumación de aquel gran delito. Toda la provincia participó de la tristeza y de la cólera de Calcuta.

La conducta de Impey en todo este asunto merece la más enérgica reprobación; no así la del gobernador. Nadie exige de un interesado la severa equidad e un juez; todos los días personas probas presentan á los tribunales demandas que un juez incorruptible tiene que rechazar. Hastings combatía por su fortuna, por su honor, por su libertad, por todo lo que nos hace cara la vida; le acusaban enemigos desleales, vengativos, malvados, y no podía esperar de sus colegas, no digo socorro, pero ni imparcialidad ni justicia. ¿Puede censurarse de que en tal situación deseara confundir y abatir á sus acusadores? El memorable suplicio de Nuncomar debe atribuirse evidentemente á Hastings; pero sería injusto contarle entre sus delitos. Observado bajo cierto aspecto, hasta parece un acto de profunda política. No tenía mayoría en el consejo, y probablemente no debía conseguirla en mucho tiempo. Conocía á fondo el carácter de los indígenas; sabía que en toda la población negra de Bengala no había un solo empleado, ni un aspirante á serlo, ni un agente subalterno, que en tales circunstancias no quisiese hacer carrera enviando al gobierno acusaciones contra el gobernador general. Quiso mostrar á esta turba de acusadores y de falsos testigos que, aunque en minoría en el consejo, no era por eso ménos formidable; y la lección produjo en

ellos una impresión profunda. Desde aquel día, todos los que habían hablado contra él callaron. Algunas horas después de la muerte de Nuncomar, mientras todo el imperio estaba sumido en la más viva agitación, mientras una casta poderosa y antigua bañaba con lágrimas los exánimes restos de su jefe, Hastings, vencedor en la mortal lucha, escribía (¡cosa singular!) con característica calma una carta muy interesante al doctor Johnson, acerca de las Hébridas, de la gramática persa de Jones, de la historia, de las artes, de las producciones naturales de la India.

Por el tiempo de la muerte de Nuncomar llegó á Londres la noticia de la guerra de los Rohilla y de las primeras desidencias entre el gobernador y sus colegas. Los directores se declararon favorables á la mayoría, y escribieron á Hastings severas reflexiones sobre su conducta; censuraban en términos enérgicos, pero justos, las guerras emprendidas con el único objeto de proporcionarse dinero; pero se desentendían de que si su gobernador había acumulado millones por medios ilícitos, lo había hecho para satisfacer sus exigencias. La Compañía recomendaba siempre la probidad, y pedía lo que no podía conseguirse sin delito. Semejante á Macbeth, quería jugar limpio, pero ganar siempre.

El *Regulating act*, que había nombrado á Hastings gobernador general por cinco años, concedía á la corona el derecho de destruirle, previa petición formal de la Compañía. Lord North, que deseaba poner á Clavering al frente del gobierno de la India, trató de inducir á la Compañía á presentar una súplica al rey. En el tribunal de los directores, once individuos votaron contra Hastings, y diez en pro; pero el tribunal de los simples propietarios, á pesar de los esfuerzos combinados de la mayor parte de los directores y del ministerio, se declaró favorable á Hastings. Exasperóse el ministerio. Lord North, tan tranquilo ordinariamente, amenazó con convocar el parlamento ántes de Navidad, y hacer adoptar un bill que, privando á la Compañía de todo poder político, la obligase á no ocuparse, como en otro tiempo, sino en el comercio de la seda y el té. En tal peligro Maclean creyó que debía presentar la dimisión de que era depositario. Había defendido con el mayor celo la causa de su amigo; pero temió que la cámara de los Comunes le procesase, y estimó prudente proporcionarle un seguro y honroso retiro. Esta dimisión era irregular en la forma; pero los directores, no parándose á pensar mucho, la aceptaron apresuradamente, y enviaron al general Clavering, decano del consejo, la orden de ejercer las funciones de gobernador general hasta la llegada de Wheler, sucesor designado.

Entretanto habían acontecido grandes cambios en Bengala. Monson murió, y no contando ya el consejo sino cuatro individuos, la mayoría pertenecía de hecho al gobernador, el cual,



sostenido por Barwell contra Clavering y Francis, tenía voto decisivo en caso de discordia. Así, pues, Hastings, privado por dos años de todo poder e influencia, llegó á ser dueño absoluto del gobierno, y usando represalias contra sus adversarios, revocó sus providencias y destituyó á las personas colocadas por ellos. Al mismo tiempo empezaba á meditar vastas conquistas que otros debían llevar á cabo mas adelante. De repente sabe que no es ya gobernador, que se ha aceptado su dimision, que Wheler está para llegar, y que entretanto Clavering debe ocupar su puesto. Si entónces hubiese vivido Monson, Hastings se habria retirado quizá sin resistencia; pero dueño de la India británica, no quiso deponer su régia autoridad. Negó que hubiese enviado á nadie su dimision; sostuvo que, siendo nulo el documento presentado por Maclean, nulos eran los actos de la Compañía á él consiguientes. Como él mismo afirmó despues, quizá, á pesar de todo, hubiera obedecido las órdenes de la Compañía, si la imprudencia de sus enemigos no le hubiese suministrado ventajas de que supo aprovecharse hábilmente. El general le envió á pedir las llaves del Fuerte y del Tesoro, se apoderó de los archivos y conferenció con Francis. Hastings, ayudado siempre de Barwell, echó mano de dos recursos que le aseguraron la victoria. Resuelto á emplear la fuerza, si era necesario, advirtió á los oficiales de la guarnición del Fuerte William y de los demas de aquellas alrededores, que no obedecieran mas órdenes que las suyas. Al propio tiempo propuso á sus enemigos someter la cuestion al tribunal supremo, y conformarse con la decision de este. ¿Quién no habia de acceder á ello? Despues de algunas excusas, Clavering y Francis consintieron. El tribunal declaró que la dimision era nula, y que Hastings continuaba de gobernador general. Nadie hubiera osado tomar la defensa de un gobierno calificado de usurpador por los jueces; por tanto, Clavering y Francis tuvieron que someterse á esta decision del tribunal.

En el intermedio recibió Hastings la noticia de que, despues de un proceso de muchos años, los tribunales de Franconia habian pronunciado por último el divorcio de Imhoff y su mujer. El baron marchó de Calcuta, llevando con qué comprar una buena hacienda en Sajonia, y su mujer se convirtió pronto en mistress Hastings. Hubo grandes fiestas, á que fueron convidados todos los Ingleses residentes en Calcuta, sin atender á opiniones ni partidos. Clavering, enfermo física y moralmente, se negó al principio á asistir á la fiesta del gobernador; pero Hastings fué en persona á buscarle y atravesó como triunfador por todas las salas con su vencido rival. Era demasiado para el temperamento de Clavering, que los pesares y las enfermedades tenían tan gastado, y así á los pocos días murió.

Wheler que, en vez de ser gobernador gene-

ral, se veía reducido á un puesto de consejero, opinó casi siempre con Francis; pero el voto de Barwell y su preponderancia en caso de divergencia, conservaron á Hastings la autoridad. Por el mismo tiempo el tribunal de los directores y el ministerio mudaron de parecer respecto al gobernador general; y habiendo espirado el plazo de cinco años fijado por el *Regulating act*, le reeligieron de comun acuerdo, por necesitar del talento, de la experiencia y del valor de su enemigo.

El peligro era grande. Las faltas de un ministerio insensato impelían á Inglaterra hácia un abismo, cuyo borde tocaba ya. En América, millones de Ingleses se habian sublevado contra la madre patria, á la que amaban poco tiempo ántes tanto como los habitantes de los condados de Norfolk y de Leicester. Las grandes potencias de Europa espaban la ocasion de vengarse solemnemente de las derrotas y de las humillaciones pasadas. Se acercaba el día en que Inglaterra, en guerra con sus antiguas colonias perdidas para siempre, amenazada de mas cerca por la descontenta Irlanda, iba á tener que luchar con Francia, España, Holanda y la neutralidad armada del Báltico; en que se pondría en duda su supremacia marítima, dominando escuadras enemigas el Estrecho de Gibraltar y el Golfo Mejicano, y bastando apenas la bandera británica para proteger el Canal de la Mancha. No obstante las faltas cometidas por Hastings, Inglaterra debió congratularse de que en aquella época, la mas peligrosa quizá de cuantas ha atravesado, ejerciese una autoridad absoluta en las posesiones indias.

No era de temer que Bengala fuese atacada por mar; pero sí que las potencias europeas enemigas de Inglaterra se ligasen con los indígenas, proveyéndoles de tropas, armas, municiones, y atacasen las posesiones inglesas por tierra. Los Maratas daban sobre todo qué pensar al gobernador. Este pueblo singular se habia establecido ántes en la cadena montuosa que flanquea la costa occidental de la India; despues, bajo el reinado de Aurengzeb, invadió, con el gran Sevadye, su rey, las posesiones de los ricos y pacíficos vecinos. Enérgicos, fieros y perspicaces, los Maratas ocuparon pronto el primer puesto entre las nuevas potencias que surgieron de las ruinas de la antigua monarquía. Ladrones al principio, y luego conquistadores, se apoderaron de la mitad de las provincias del imperio: bandidos, tomados de las últimas castas, se encontraron de improviso convertidos en poderosos radjas.

Toda la India estaba entónces sometida á un doble gobierno, y en todas partes el título y la autoridad se hallaban divididos. Los nabab musulmanes, que habian adquirido un poder absoluto, el visir de Uda y el nizam de Idrabad eran aun vireyes de la casa de Tamerlan. Los Estados maratás, aunque en realidad independientes, pretendían no ser mas que principados

de un mismo imperio, y se sometían ó de palabra ó con ceremonias á la supremacía del heredero de Sevadye, rey ocioso, encerrado en una cárcel de Estado en Sactara, y á la de su peschua ó mayordomo, magistrado hereditario de Puna, cuya autoridad se extendía á las vastas provincias de Arungabad y Bedyapore. Algunos meses despues de haberse declarado la guerra en Europa, Hastings oyó con cierto terror que habia llegado á Puna un aventurero frances, tenido por hombre de importancia. Segun las voces que corrian por Calcuta, se le habian hecho los mayores honores; llevaba para el peschua cartas y regalos de Luis XVI, y se habia celebrado ya entre los Maratas y la Francia un tratado, en perjuicio de Inglaterra. En atencion á que parte del país se mostraba favorable á un rival del peschua, Hastings decidió sostener la causa del pretendiente, enviar un ejército á la península india, y formar alianza con el jefe de la casa de Bonsla, que gobernaba como príncipe absoluto el Berar y que no cedía en poder y autoridad á ninguno de los príncipes maratás. El ejército estaba ya en marcha y se proseguían con ardor las negociaciones, cuando Hastings supo por el cónsul inglés del Cáiro que la guerra habia sido proclamada al mismo tiempo en París y en Londres. El gobernador general, sin perder un instante, tomó todas las providencias que el caso requería; se apoderó de los establecimientos franceses de Bengala; mandó á las tropas de Madras que ocupasen á Pondichery; fortificó los alrededores de Calcuta, para impedir á un ejército enemigo acercarse; defendió con un fuerte marítimo las orillas del río; levantó nueve batallones de cipayos y formó un cuerpo de artillería indígena con los restos de los valerosos Lascar del golfo de Bengala. Hecho esto, declaró segura de todo ataque la presidencia, con tal que los Maratas no se uniesen á las tropas francesas para destruirla.

La expedición á la península occidental no fué feliz al principio. El general que la dirigía obraba con lentitud; las autoridades de Bombay cometieron graves errores; pero el gobernador general perseveró. Un nuevo general reparó las faltas de su antecesor; algunos felices encuentros hicieron brillar la gloria británica en países donde basta entónces no se habia desplegado ninguna bandera europea. Si un peligro imprevisto y formidable no hubiese obligado á Hastings á cambiar de política, hubiera procedido inmediatamente á realizar sus proyectos de reunir el imperio de los Maratas á las posesiones de la Compañía.

Las autoridades inglesas nombraron comandante de las tropas de la India é individuo del consejo á uno de los mas ilustres guerreros de la época, y que habia contribuido á fundar el imperio inglés en aquellas apartadas comarcas; pero desde la batalla de Wandewasle y la toma de Pondichery, habian trascurrido veinte años, y sir Eyre Coote no poseía ya la actividad

física ni la fuerza intelectual de su juventud; mas caprichoso y lento cada día, amaba demasiado el dinero, y cuidaba mas de sus emolumentos que de sus deberes. No obstante esto, era uno de los mejores oficiales del ejército; entre los soldados indígenas su nombre producía un efecto mágico; su influencia no tenía igual. Coote no fué siempre, como Barwell, del dictamen del gobernador, pero tampoco le hizo una oposicion sistemática; y en la mayor parte de las cuestiones sometidas al consejo, sostuvo la opinion de Hastings, el cual, con sus solícitas atenciones, y sobre todo con su exorbitante liberalidad, se esforzaba en satisfacer las pasiones del veterano guerrero.

Por aquel tiempo una general reconciliacion pareció deber poner fin á las discordias intestinas que hacía años debilitaban y deshonoraban el gobierno de Bengala. Hastings y Francis, inducidos por los peligros del imperio, olvidaron sus enemistades particulares y se ligaron sinceramente para trabajar en beneficio comun. Coote no habia sido nunca hombre de partido: Wheler estaba cansado de las luchas de las facciones: Barwell, dueño de inmensos tesoros, á pesar de sus promesas de no dejar á Calcuta mientras sus servicios fuesen necesarios al gobernador, deseaba volver á Inglaterra, y ponía el mayor empeño en la realizacion de un arreglo que le dejaria libre. Los dos partidos convinieron en que Francis renunciase á toda clase de oposicion, y en que Hastings hiciese partícipes á los amigos de aquel de los honores y empleos públicos. Durante algunos meses reinó en el consejo una aparente armonía.

Era necesaria, pues amenazaban á Bengala calamidades interiores mas formidables que la misma guerra. Los autores del *Regulating act* de 1773 habian establecido dos poderes independientes, el judicial y el político; pero (descuido escandalosamente comun á todos los legisladores de la Gran Bretaña) no fijaron los límites. Los jueces queriendo aprovechar este silencio de la ley, resolvieron apropiarse la autoridad suprema, no solo en Calcuta, sino en todo el inmenso territorio sometido á la presidencia del Fuerte William. La justicia inglesa, á pesar de todas las reformas modernas, es aun demasiado lenta y costosa; sin embargo, en Inglaterra se está acostumbrado á sus ménos soportables inconvenientes, y aunque excitan quejas, aquellos males no causan tanto horror y espanto como un mal ménos grande pero nuevo. No sucede así en la India. Trasladada á aquel suelo la justicia, por razones fáciles de comprender, se hizo cien veces mas lenta y dispendiosa. Añádase que, ofendiendo todos los sentimientos, chocó contra todas las preocupaciones; el honor, la religion, la modestia femenil se opusieron sucesivamente á esta innovacion. Empezó entónces una época de terror; terror aumentado por una inquietud misteriosa, pues los males que los Indios sufrían eran ménos horribles que los que esperaban.